

PUERTO RICO COMO SIMBOLO DE CORDIALIDAD INTERAMERICANA

(Editorial publicado por el periódico DIARIO LAS AMERICAS que se edita en español en Miami Springs, Florida, en su edición del 25 de mayo de 1955. Es autor de este editorial el señor Horacio Aguirre, director y gerente de dicha empresa periodística, quien visitó Puerto Rico como invitado del Departamento de Estado del Estado Libre Asociado con motivo de la inauguración del nuevo Aeropuerto Internacional de Isla Verde.)

Siempre que hay una oportunidad propicia, como lo fué la reciente inauguración del grandioso aeropuerto internacional de Isla Verde, el pueblo de Puerto Rico y su Gobierno ponen a prueba su alto sentido de confraternidad interamericana, y su deseo vehemente de constituir un factor de sano entendimiento entre los dos grandes conglomerados del hemisferio, el de habla inglesa y el de habla española.

Es impresionante la forma en que los hispanoamericanos son recibidos en la progresista isla puertorriqueña, donde para cada Nación hispanoamericana hay un sentimiento de admiración y de respeto. Lo mismo ocurre con los ciudadanos estadounidenses, procedentes del continente, que llegan a esa tierra donde se ha fundido, en magnífica realización, los anhelos de un saludable entendimiento americano.

En idioma castellano, sin que ello implique desconocimiento o falta de aprecio para la lengua inglesa que también domina, el puertorriqueño saluda al hispanoamericano, y tiene para él pruebas inconfundibles de estimación y de cariño, que ponen de manifiesto los valores del ancestro, porque el puertorriqueño ha aportado a la cultura que en su país ha germinado en los últimos cincuenta años, la sensibilidad de su espíritu hispano, sus tradiciones, sus costumbres, en una palabra, su vigorosa personalidad.

Quizás pueda decirse que en ninguno de los países hispanoamericanos, los ciudadanos de las otras Naciones de su misma estirpe encuentran la misma acogida que hallan en Puerto Rico. Y eso, a pesar de que hay una marcada solidaridad hispanoamericana, que hace que los ciudadanos de este poderoso grupo de países mantengan entre sí recíproca y excepcional amistad. Pero es que en Puerto Rico, tal vez por el hecho de que no ha habido oportunidad de tener ni el más ligero rozamiento con ningún pueblo hispanoamericano, y por la distancia que lo separa de éstos, hay una noble ansiedad por conocer y comprender mejor a las naciones que, allende al mar, tienen su mismo origen histórico y tienen, en gran escala, sangre de la misma que alienta la vida puertorriqueña.

Ahora que Puerto Rico ha definido su posición frente a los Estados Unidos y frente al mundo; ahora que, con el esfuerzo de sus meritorios hijos, ha logrado un alto desarrollo cultural y material; ahora que ha madurado bajo su esplendoroso cielo una conciencia y una mentalidad de generosas concepciones interamericanas, ese pueblo tiene que desempeñar un papel de positiva y beneficiosa trascendencia en el progreso de América y en el fortalecimiento de los vínculos que unen a las veintiuna Repúblicas del hemisferio.

(Reproducido y distribuido por la
Oficina de Servicios Informativos
Sección de Prensa del Departamento de
Estado de Puerto Rico.)

"LA ISLA QUE NO CONOCE LA SOLEDAD"

Por Francisco Ichaso

(Artículo publicado por el periódico "Diario de la Marina" en su edición del 26 de mayo de 1955 después del viaje del señor Ichaso a Puerto Rico para asistir a la inauguración del nuevo Aeropuerto Internacional.)

San Juan Bautista de Puerto Rico es una ciudad pequeña y gentil, una concha del mare nostrum abierta en nacarada sonrisa. El agua la acaricia con múltiples brazos y el asfalto, el cemento y el hierro de la civilización no han contenido la exuberante vegetación del trópico. San Juan es una ciudad invadida también por la campiña, una ciudad de pinares y cocoteros, cálida, jugosa, sensual; una viñeta paradisíaca, de un paraíso perdido y vuelto a ganar por esa obstinación perenne del pecado y del esfuerzo en la conciencia de los hombres.

Arturo Morales Carrión ha dicho que Puerto Rico es "la isla que no conoce la soledad". Esta expresión encierra un dato demográfico y una verdad poética. Con una población de 600 habitantes por kilómetro cuadrado, el individuo no halla manera de aislarse en esta tierra. Aquí no se encuentra uno a la gente: se la tropieza, queriendo o no queriendo. Esto contribuye al carácter expansivo, cordial, de este pueblo, que vive pendiente de los gestos y las palabras circundantes. ¡Qué bien mira y escucha aquí la gente! ¡Con qué paciente sonrisa acoge hasta la impertinencia ajena! Los que por periodistas somos preguntones no tenemos problema en este país, donde siempre le contestan a uno un poco más de lo que uno pregunta. Se habla con un puertorriqueño y a las primeras palabras se pasa, del diálogo ocasional al coloquio franco, del mero conocimiento a la amistad. Puerto Rico no conoce la soledad ni la quiere. La soledad es el clima de los meditabundos, de los misántropos, y este pueblo es todo extraversión, euforia y cordialidad. En la montaña la cercanía del cielo y el alejamiento del mar invitan al repliegue íntimo. En el litoral el paisaje nos empuja hacia él, nos invita a vivir con el alma puesta en los extremos. Los cubanos sabemos bien de esto. Los puertorriqueños lo saben más porque su isla es más pequeña y desde todas partes tiene el mar al alcance de la mano.

Hemos estado cuatro días en San Juan, acogidos a la hospitalidad sin tasa del gobierno y el pueblo borinqueños. Cuatro días son pocos para conocer una comunidad humana cualquiera. Puerto Rico es quizá una excepción. Se entrega amorosamente al visitante con una actitud de confianza que es lo que más se agradece en un lugar donde hay tantas cosas gratas. En estos días no aspiramos a conocer la ciudad en sus detalles; pero sí procuramos y conseguimos aspirar su encanto como se aspira un perfume delicado y perenne. Toda isla tiene algo de isla encantada. En Puerto Rico experimentamos esta sensación que muy bien podemos llamar colonida desde el instante mismo en que pisamos tierra en el aeropuerto. En las islas del mar envía desde todas partes una brisa que las frutas de jugosa pulpa y las flores de capitoso aroma se encargan de embriagar. Durante la noche es un hálito casi vertiginoso el que se desprende de los paseos y jardines. El trópico ha resumido aquí todas sus características de sensualidad y sortilegio.